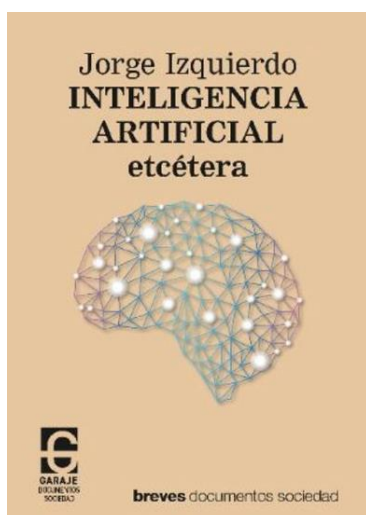


Reseña/Review (Izquierdo, Jorge, “Inteligencia Artificial etcétera”, El Garaje Ediciones, ISBN/DOI: 978-84-126213-6-5, 156 págs., 2024)

Germán J. Hesles
Universidad Rey Juan Carlos (España)  

<https://dx.doi.org/10.5209/TEKN.97448>



Jorge Izquierdo plantea en *Inteligencia Artificial etcétera* una reflexión acerca de la IA desde una perspectiva filosófica, humanista, política y tecnológica. El ensayo, cómodo y de breve lectura (156 páginas), aborda –ajeno a los intereses de las grandes corporaciones– un recorrido por la historia de la programación y el lanzamiento de Chat GPT y su introducción inmediata en la sociedad.

Izquierdo abre con una aseveración que invita a pensar: «La Inteligencia Artificial es tan antigua como la informática (...) cuyo primer objetivo era crear una “mente” destinada a producir inteligencia (...) sin saber cómo funciona exactamente la mente» (Izquierdo, 2024, p. 13). Y ya antes de abandonar la Introducción aborda la necesidad de replantearse las posiciones científicas, tecnológicas, filosóficas, psicológicas y lingüísticas, pero – y ahí es donde cobra interés y diferenciación la obra- también públicas y políticas.

Simplemente se trata de preguntarse en voz alta si los grandes avances técnicos, generalmente sufragados con dinero público, deben seguir una lógica, nunca mejor dicho, capitalista (...) el capitalismo ha creado nuevamente una tercera vía... Un producto (...) una solución informática masiva (...) para entregársela a las masas y decir: he aquí una Inteligencia Artificial (pp. 15-16).

El autor explica cómo se ha llegado a este punto, cómo la llamada Inteligencia Artificial es obra de una sociedad capitalista donde las grandes corporaciones se han empeñado en dotar de un eufemismo a unos programas capaces de ofrecer un compendio de información basada en todo lo que habita en la red.

Esta «máquina sagaz» que también es el capitalismo decidió que la mejor forma de «enseñar» a los programas de Inteligencia Artificial era absorbiendo todo el contenido de la web (miles de millones de contenidos) que son generados, cada día, por miles de millones de usuarios bajo el síndrome de un Diógenes digital (p. 22).

Izquierdo diferencia entre consumir, comparar y extrapolar datos con la exclusiva capacidad de la mente humana de crear y asegura que la llamada Inteligencia Artificial es una ciencia, no una especie de súper programa y, que, por supuesto, carece de consciencia. Es más, el investigador asegura que «autonombrarse o proclamarse como un programa de Inteligencia Artificial es una falacia narrativa» (p. 32) producto del marketing.

Que estas máquinas posean conciencia y consciencia, por ahora, es ciencia ficción pura y dura. Se limitan a simular fingiendo lo que no es y desconocen lo que están haciendo o diciendo.

Parte y objetivo fundamental del ensayo es el peligro que puede suponer que estos avances tecnológicos, una vez convertidos en productos, hagan discutible el concepto de verdad, aunque a ojos del autor los términos 'inteligencia' y 'artificial' sean un oxímoron; en realidad, incidimos, una simple cuestión de marketing en un entorno político –el capitalista– donde solo interesa vender.

Mientras la ciencia intenta crear una Inteligencia Artificial que, entre otras cosas, ayudaría a conocer mejor nuestra mente, el capitalismo de Silicon Valley (California, Estados Unidos) se afanó, después de desmontar la utopía de una web que pudiera ser una suerte de consciencia del ser humano (obviando a la web semántica), abrazar el *puritanismo digital*. Un digitalismo que, como veremos más adelante, ha sido capaz de descargar todo el contenido de internet para presentar a bombo y platillo: La Inteligencia Artificial (p. 51).

Al esfuerzo mercadotécnico habría que sumar un término cuasi mágico, incontrolable, como es el algoritmo que en la actualidad se convierte en una respuesta global para zanjar cualquier discusión sobre la verosimilitud de los programas informáticos.

Izquierdo lo compara con el Gran Leviatán de Thomas Hobbes: los hombres renuncian a su libertad para subordinarse a esa supuesta seguridad informática y aceptan los millones de datos y algoritmos que vomitan las IA como verdad.

Uno de los puntos de anclaje del ensayo es la dicotomía entre inteligencia natural y artificial basada en la creatividad de la primera y su carencia en la segunda: «Cada uno de nosotros tiene una idea acerca de lo que representa la creatividad (...) ser capaz de crear asociaciones entre ideas y conceptos conocidos puede generar soluciones novedosas y originales» (p. 107); algo de lo que no es capaz la IA.

El autor recuerda que el término Inteligencia Artificial nació en un ya lejano 1956, acuñado por el informático norteamericano John McCarthy. Señala que lo que ahora conocemos como tal no es más que un producto de ingeniería social. El quid del auge del término en la actualidad lo concede el usuario al antropomorfizar estas simulaciones otorgándolas cualidades humanas o hasta sobrenaturales; una tendencia innata de la psicología humana. Pero la IA no son más que los millones de datos que la humanidad ha volcado a la red. La computadora no razona, ni siquiera sabe los que está diciendo: «La coherencia está en los ojos de quien mira» (p. 121).

No obstante, y estemos hablando de verdadera Inteligencia Artificial o no, los estados han empezado a legislar sobre la misma. En Europa tratan de restringir el coto de caza de las grandes compañías tecnológicas norteamericanas, pero, por ejemplo, no se ha tenido en cuenta el coste medioambiental de estos programas. Si internet fuera un país, sería el sexto más contaminante del mundo, afirma Izquierdo.

Las nuevas Inteligencias Artificiales (Chat GPT, y sistemas similares), no hacen otra cosa que multiplicar el problema. En realidad, son completamente insostenibles. Quince consultas, por tontas que sean, a Chat GPT equivalen al gasto de tener encendida una bombilla estándar de 40 W durante una hora (...). Un mundo que parece inofensivo, que no mancha, no huele, pero que es el responsable de un porcentaje, cada vez más elevado, de la emisión de gases de efecto invernadero (p. 137).

A esto hay que sumar el consumo de agua de los centros de datos; uno, de tamaño medio, puede llegar a consumir un millón de litros al día.

Hasta aquí, capítulo a capítulo, el autor desgrana pros y contras, verdades y falacias de las IA, pero también mira hacia el futuro y se plantea las opciones que pueden ir llegando. Preconiza hardwares más rápidos, mayor cantidad de datos y más contaminación y nuevos productos buscando más suscriptores. Asimismo, prevé una brecha entre empresarios y académicos. Los primeros, afanados de forma iterativa en implementar nuevos productos, frente a los científicos llevando a cabo investigaciones con menor financiación. También vaticina un avance en la robótica tendente a conseguir agentes corpóreos que puedan interactuar con su entorno –robots– que puedan ofrecer no solo ver y tocar, y sí, quizá, hasta oler... O como es el caso del caza militar más avanzado, el F-35 capaz de destruir y matar gracias a sus sistemas «inteligentes». ¿Dónde quedan entonces los derechos o no que se pueden conferir a estas máquinas? Se está creando, concluye Izquierdo, una conciencia artificial donde la ética desaparece bajo el manto de una nueva tecnología. «Nada más falso» (p. 156).

En definitiva, *Inteligencia Artificial etcétera* se convierte en una lectura didáctica, dinámica y esclarecedora de uno de los temas más en boga de unos años a esta parte.

Referencias

Izquierdo, Jorge (2024). *Inteligencia Artificial etcétera*. El Garaje Ediciones.